

El canto del manatí

Alejandra Jaramillo Morales

loqueleo
SANTILLANA

loqueleo

a Tigua Nika Sua

loqueleo

SANTILLANA

Ven, hija, acércate, ven te caliento las manos, ven te ayudo a dormir. ¿Quieres que te cuente otra historia de los ríos, quieres que te siga llevando a mi tierra? Te voy a contar un cuento, quizás el que más me gusta. La historia de unos niños que crecieron junto a mí, de unos niños que se hicieron grandes y me enseñaron que la amistad puede ser el bien más anhelado y poderoso que existe.

Cuando Buinaira y los gemelos desaparecieron yo estaba empezando el tramo definitivo de mi formación como chamana. Pertenezco al clan de los chamanes, tú lo sabes, hija, pero no todos los miembros del clan tenemos la fuerza que nos permite esa conexión ilimitada con el espíritu de lo que existe y no existe. Y por esos días debía probarse si yo la tenía. Era una tarea lenta, de encierros y tomas de medicina, de viajes por todos los

mundos del espíritu. Así que en medio de tanta entrega al gran espíritu no tuve tiempo de darme cuenta de que los gemelos Tanana y Tanene, hijos de la armonía, habían desaparecido. Sí recuerdo que después de alguno de mis encierros vi a Bui-naira, la hija del viento, caminando sola por la selva, pescando, labrando, preparando los brebajes que su esencia le permitía producir con maestría, pero no intuí que su soledad fuera tan definitiva. Luego, meses después, cuando salí del último encierro, me enteré de que también ella se había ido a un viaje, que, ahora sé, era un viaje sin retorno.

La desaparición de estos tres seres trajo de vuelta la armonía a la comunidad. Y como la armonía entre nosotros es un bien tanpreciado, hija, era más que justificado que no regresaran. Además, porque desde la época cuando los colonos del caucho vinieron a matarnos y a llevarse nuestras sabidurías distorsionadas, cuidábamos la armonía con toda nuestra alma. Creíamos que cuidándola nunca volverían seres tan oscuros a ultrajarnos. Desde ese momento oí muchas versiones de lo sucedido, de los motivos, de las razones que llevaron a esa desaparición, pero solo el destino de mi clan

que me llevó a formarme como chamana me abrió las puertas del gran espíritu y pude así descubrir la verdad.

Crecimos juntos, bueno, juntos es un decir, nuestra infancia habitó el mismo tiempo y espacio, pertenecíamos a la misma comunidad y la carga de mi clan estaba muy cerca de la de los gemelos. Pero decir que crecimos juntos es una mentira porque ellos tres eran una unidad que ninguno de los otros niños o niñas podíamos penetrar. Estaban hechos para estar juntos. Y aunque algunos de nosotros quisimos acercarnos a ellos e intentamos entrar en sus conversaciones, en sus paseos por la selva, nunca lo logramos. Por las noches nos contaban sus jornadas fascinantes, cuando nos sentábamos junto al fuego mientras los mayores en la maloca hacían las ceremonias y las mujeres tejían de dulzura las tristezas y dichas de nuestras vidas y nuestra palabra. Los oíamos con el deseo de vivir como ellos, pero por lástima no había forma de acercárseles. La unidad es la unidad y nadie puede partirla ni aumentarla, eso lo sé ahora, antes creo que alcancé a sufrir de no tener entrada en esa amistad que parecía iluminarlo todo.

Buinaira y los gemelos tuvieron la infancia más luminosa que yo haya visto. Como todos los niños y niñas que hemos nacido en los ríos, ellos vivieron entre múltiples corrientes de agua, unidos a la naturaleza, aprendieron desde muy niños los ritmos de la vida. Supieron reconocer las cosechas, los tiempos de la luna, las ondulaciones del viento, el movimiento de las aguas. Aprendieron los límites del riesgo de esa infinita fuente de aprendizaje que es la Madre naturaleza, el pavor que el agua nos enseña a diario con su fluir y su imponentia. Se conectaron con la unidad del todo que los rodeaba, como hemos hecho todos nosotros, con la vida y la muerte que nos rodean a diario. Porque crecer junto a los ríos es espléndido y nos da una intensa posesión del tiempo y el espacio. Nuestros cuerpos eran casi una rama más de los árboles, el brillo

del agua o el rumor del viento. Pero la infancia de ellos, debo admitirlo, era aún más luminosa y en unidad que la del resto de nosotros porque ellos en su amistad habían aprendido a transmutar en cada cosa que tocaban. Habían descubierto, lo que todos queremos hacer, que podían hacerse uno con el todo. Si nadaban, el destello de sus brazadas era de delfín. Si subían a los árboles, eran como pante-ras o monos en perfecta armonía con las alturas. Si sembraban, se les veía convertirse en la lluvia misma, en la fertilidad absoluta del agua que impregna a las plantas. Pero eso sí, esa belleza que ellos irradiaban era solo cuando estaban juntos, los tres, y como lo sabían, o eso intuyo, no pasaban ni un minuto separados. Además, como todos los niños lo sabíamos, y así mismo los adultos, la comunidad entera propiciaba el vínculo de ellos tres. Somos partidarios eternos de la belleza, y esa amistad la representaba a cabalidad.

Debo decirte, hija mía, que la magia de los ríos es desbordante, y sin embargo, creo que no debes temer a ser hija de la ciudad, porque las ciudades también están hechas de vida, de fluidos, de luz. Acá, en la ciudad, también está la mano de Padre y



Madre, también el todo puede expresarse. Recuerdo mucho cuando me iban a traer por primera vez a las ciudades, ya sabes que he estado en varias, y la gente me daba muchas versiones del horror que eran. Que son puro cemento, que la vida allí no existe, que la gente no se mira, que son sitios de perdición y maldad. Pues no, hija, las ciudades son también campos de vida, no hace falta ir muy lejos, ni buscar mucho, solo te sientas a ver la gente caminar, o los carros pasar, y es como ver el fluir del tiempo, de esa vida que los ríos nos recuerdan a diario. Pero te preguntarás qué es entonces eso que me hace pensar que la vida en los ríos es magnánima, como si no lo fuera la de las ciudades, y sí, hay una característica de los seres de las ciudades que me impactó, mucho, que aún ahora que he dado a luz a una hija de la ciudad me sigue impactando. En medio de la unidad que es la ciudad misma lo más impresionante es que las personas hacen un esfuerzo sobrenatural por estar separadas, por no ser parte del todo, como si se quisieran negar a sí mismas un lugar en el mundo. Y además, y en eso mi infancia se diferencia de la tuya, hija mía, es que en los ríos el mundo está entero a nuestra disposi-

ción, lo que podemos tocar y lo que no. Porque todo tiene una razón de peso, porque lo que debemos evitar es mortal y lo que no está siempre a nuestra disposición. En cambio ustedes deben ver almacenes llenos de cosas que deberían estar a su alcance y que nunca podrán tener. Es la gran paradoja de los hijos de la ciudad, haberse inventado un mundo donde lo posible se vuelve imposible.

17

Mejor sigamos con nuestra historia, hija, Buinaira y los gemelos eran la luz de nuestra comunidad, en nuestras casas se hablaba de ellos, de su inteligencia, de cómo aprendían a cultivar, de cómo sabían encontrar en las plantas las medicinas que podían curar a los demás, de cómo estaban atados a los movimientos de los ríos. Recuerdo verlos en la canoa pescando. Me parecía que el río entero se quería subir con ellos y navegar entre sus risas y su alegría. No sé si he logrado explicarte la alegría que ellos nos dejaban. Era tanta que ellos mismos eran una forma de la paradoja, porque todo parecía invertirse frente a ellos. El agua quería volverse viento; la luz, oscuridad; la música, silencio, para rodearlos infinitamente de razones y sentidos.